

José Antonio Fajardo Romero

Sevilla 4 de Mayo de 2002

- **I.- PROEMIO**
 - **II.- SEVILLA MARIANA**
 - **III.- REYES E INMACULADA: Dos advocaciones ligadas a la ciudad.**
 - **IV.- CON MARÍA AL AMANECER. ROCÍO DE LA MAÑANA. EL ROSARIO DE LA AURORA.**
 - **V.- CON MARÍA AL ATARDECER. PASEO DE PASTORA**
 - **VI.- MARÍA EN LA NOCHE. CARMEN: Advocación marinera.**
 - **VII.- ROSARIO: sueño macareno**
 - **VIII.- COSTALERO DE MARÍA**
 - **IX.- HERMANDADES DE GLORIA: Manantial inagotable de fervor mariano.**
 - **X.- MERCEDES: epílogo en la Puerta Real.**
-

I.- PROEMIO

Una nueva aurora, nace cada año en la Pascua de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Una etapa gloriosa se inicia en Sevilla tras la Muerte del Señor. Un mayo florecido, nos indica el punto de partida de alabanzas para la Madre de Dios. La misma Mujer que los sevillanos hemos visto pasar por nuestras calles, con la mayor pena y amargura, somos capaces de transformarla en alegría y gozo, secándole las lágrimas de su rostro y descubriéndole una expresión letífica, con un niño acunado en sus brazos o embelesado a sus pies.

Venid y vamos todos con flores a María, que Madre nuestra es. Letra de una copla, que cantamos desde la infancia con fuerza al llegar el mes de mayo, cántico que prorrogamos hasta diciembre, cuando las hojas del tiempo otoñal están desprendidas. Ocho meses le duran a Sevilla los ramos que deposita a las plantas de María. Ocho meses sin marchitarse las rosas, claveles, gladiolos y varas de nardos. Ocho meses hablando de la Madre de Dios. Ocho meses perviven las Glorias de María en esta ciudad, que tiene por título el de Mariana.

Ocho meses, ocho. Y nos parecen pocos. Porque Sevilla, un año y otro y cientos de años ha ponderado a María, le ha cantado fuertemente. En cada rincón de la ciudad, en cada barrio, en cada casa, Ella siempre ha estado presente entre nosotros. Bienaventurada María, la de mil formas llamada; Rosario, Pastora, Rocío, Carmen, Reyes, Inmaculada, Mercedes..., tantos nombres, tantas advocaciones para una Reina, pero nunca nos cansaremos de suplicarte: María, no nos abandones.

Nuestra Señora de las Nieves.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo.

Excmo. Sr. Alcalde.

Ilmo. Sr. Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Sevilla, mariana y cofrade.

¡Qué generosa es Sevilla con sus hijos! Cuando más entretenido estaba con mis cosas cotidianas; mi familia, el despacho, la Hermandad, esta Ciudad me señaló para que yo le hablara de la Virgen. No de otro tema, no; precisamente, de la Virgen María. Con lo que significa María para Sevilla y, lo que es capaz de hacer Sevilla por la Reina de los Cielos.

De repente pensé: esto es, sin duda, obra de Ella. Y me tranquilizó, porque si recibí con humildad la noticia de ser la Madre de Dios, sin pedir explicación alguna y, con la seguridad de que nada malo ocurriría, yo también con sencillez, debo aceptar esta llamada de la ciudad, para declarar públicamente mi amor a la Santísima Virgen; sabedor, además, de que Nuestra Señora de las Nieves será mi protectora esta noche, cuando recorra Sevilla agarrado de su mano.

Por eso, gracias Señor Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías, gracias Señora Teniente de Alcalde por sus magníficas palabras de presentación. Gracias Sevilla. Gracias María.

Rosario de María Santísima, Nuestra Señora de las Nieves. Es la leyenda que reza en un azulejo existente en la fachada de la Iglesia de Santa María la Blanca.

En vísperas de la Cuaresma, las Glorias de María sonaron en esta Sevilla miscelánea, que es capaz de mezclar el dolor de Cristo y de su Madre, con la Gloria Bendita que cubre a la Virgen María.

A pesar de que el calendario marcaba el invierno, los sevillanos percibimos el pasado febrero, la blancura del azahar, del jazmín y del nardo, imaginándonos este bello instante de tener entre las naves de la Catedral a la Virgen de las Nieves. Había brotado un mes antes la primavera para una Hermandad de Gloria que quiere abrirse camino recuperando el tiempo esplendoroso del ayer.

Tu nombre, Nieves, no nos transmite la frialdad del término. No se derrite con los calores de esta ciudad. Tu nombre, blanco e inmaculado, es el mismo Sol que calienta nuestros corazones. Es el resplandor que te rodea, áureo y brillante, cuando te adentras por los jardines que envuelven el Alcázar o por angostas calles de nácar del barrio de Santa Cruz.

El destino nos ha unido esta tarde aquí, para que los dos de la mano demos testimonio de la devoción mariana. Pero como una imagen vale más que mil palabras, mi voz callará cuando me aparte de este atril y el eco besará los pilares de la Catedral en señal de despedida, pero tu presencia perdurará en este Templo para recordar siempre a Sevilla que tu presidiste un Pregón, el de las Glorias de María.

II.- SEVILLA MARIANA

Cuando esta bendita tierra se enamora de algo o de alguien de fuera, lo hace tan suyo que no hay fuerza natural que se lo arranque. Que María nació en Nazaret es algo tan paladino que sería absurdo negarlo. Pero la expresamos tan sevillana, tan nuestra; la hemos modelado, esculpido y vestido de tal manera, que parece que nació en cualquiera de nuestros barrios.

En Sevilla, la Virgen es de Triana, de la Macarena, de Torreblanca, de Bellavista y de un sinfín de lugares y plazas. Según esté vestida, según ande su paso, sabemos perfectamente de dónde es.

La historia de esta urbe ha estado marcada por un binomio, me atrevo a decir, por un matrimonio perfecto y duradero de siglos entre la ciudad misma y la Virgen María.

Antes de que el cristianismo fuera aniquilado por el Islam en el siglo VIII, la presencia de María era palpable. Vestigios de ello lo encontramos al descubrirse enterrada en tierras lejanas una imagen de la Virgen con un epitafio que decía "soy de Sevilla" y averiguaciones posteriores confirmaron que de San Julián. Era la Hiniesta Gloriosa, sevillana como ninguna, coronada por sus hijos y con llaves de la ciudad, por algo es la Alcaldesa, Patrona de un Ayuntamiento que en las mañanas de Corpus le levanta un Altar.

Después de 500 años sin la presencia de la Virgen, esta ciudad recobró su identidad mariana gracias a un Rey, que también lo hicimos nuestro, nombrando al primer templo como de Santa María y dejándonos para el recuerdo perpetuo a una imagen, la de los Reyes, para ser patrona de una Archidiócesis.

Por eso Madre, los sevillanos te elevamos sobre peana dentro de un camarín. Te construimos un rosario de Iglesias y Capillas, siendo cada cuenta un nombre; un Ave María. Y como en las Letanías, Tú eres para nosotros, Santa Virgen de las Vírgenes, Pura y Limpia, Inmaculado Corazón, Reina de Todos los Santos, Divina, Madre de Dios y Nuestra Señora.

Sin embargo, si hiciéramos un examen de conciencia individual, si apartáramos de nuestros ojos las pajas que en ocasiones se asientan, veríamos que esa Virgen que tanto ensalzamos con cantos de Glorias y solemnes Funciones, llora en la Tierra.

Su tristeza no le viene por el dolor que su Hijo padeció para salvar a los hombres. María ya sufrió bastante a los pies de una Cruz sangrante y su pena fue superada en la Resurrección de Cristo. Me refiero a la tristeza que padece diariamente por nuestras culpas.

Tenemos a nuestro alrededor un mundo tan olvidado, que nos estamos convirtiendo en presos de una incuria que en nada alegra a Nuestra Madre.

Cuando veamos a los pobres, a los indigentes, a las mujeres y niños maltratados, acordémonos de la Santísima Virgen en la advocación de Mercedes, porque Ella es liberadora de cautivos.

Hoy no existe el cautiverio que conoció San Pedro Nolasco en el siglo XIII con las aprehensiones sarracenas. Pero no por eso el sentido de la Merced ha desaparecido. En el siglo XXI, hay muchos presos sin barrotes que sufren en sus propias carnes el dolor de la miseria y el desprecio.

Seamos alfaqueques de nuestros días, invoquemos a las Mercedes para que nos ayude a ser hombres y mujeres responsables para con los necesitados, arrancando las cadenas y grilletes a los que se encuentran sometidos. ¡Basta ya! de tanta indiferencia, de mirar al otro lado cuando un hermano padece.

Si la Virgen de las Mercedes es dadora de libertad y dignificadora de sus hijos más oprimidos, sigámosla fielmente, porque esos problemas de la sociedad los tenemos aquí mismo, en la tierra de María Santísima.

Digamos sí a María sin condiciones. Ella dijo sí, al Arcángel San Gabriel, para ser Madre cuando no conocía varón. Ella dijo sí, cuando halló a su Hijo en el Templo predicando. Ella dijo sí, a los pies de la Cruz, a pesar del inmenso dolor que padecía.

Por eso, Madre de las Mercedes, desde tu rincón de la Puerta Real, danos las fuerzas suficientes para seguir tu obra redentora de cautivos. Danos la valentía necesaria para decir también como Tú, un fuerte sí, quiero ser un cristiano comprometido.

III.- REYES E INMACULADA: Dos advocaciones ligadas a la ciudad.

Volviendo a la ponderación de Nuestra Señora, hay dos fechas en el calendario mariano muy dispares entre sí, que enmarcan a la Virgen María con dos advocaciones distintas, pero de inmenso asiento devocional. Una se venera en pleno estío y la otra, en el avanzado otoño sevillano. Dos nombres de Madre; Reyes e Inmaculada Concepción.

Cerrad conmigo los ojos y dejad que la imaginación nos embargue, para comprender la relación que tienen estas dos Vírgenes sevillanas.

La Virgen de los Reyes tiene sobre su regazo un precioso Niño milagroso, sonriente, travieso y juguetón, que por residir aquí tanto tiempo se conoce todos los rincones de este Templo y cada una de las historias que han ocurrido. Por otro lado, como en cada tarde del mes de diciembre que se celebra la Octava de la Inmaculada Concepción, los Seises bailan ante el Santísimo Sacramento.

En una de ellas, mientras se colocaban sus trajes en una sala cercana a la Capilla Real, se escucharon unos pasitos cortos que se aproximaban a la puerta. Una cabecita con corona se asomó para ver a los diez niños que allí se encontraban.

Por ser frecuentes sus visitas, los seises lo conocieron de inmediato y le invitaron a pasar. Tanto le apasionaba aquella tertulia al Niño Jesús, que siempre le preguntaba al más bajito, si se podía probar sus zapatillas y el sombrero de plumas, accediendo sin reparo alguno.

Llegada la hora del baile, el pequeño Jesús, corriendo fue a buscar a su Madre para presenciarlo y por no llamar la atención, se colocaron en una esquina de la hermosa reja que envuelve el Altar Mayor.

Mientras todo aquello se desarrollaba, con la acompasada música y voces de la Escolanía, la Virgen de los Reyes escuchaba atentamente lo que el Niño, por su sabiduría, le iba explicando en voz baja para no distraerlos.

- Mira mamá, los de los extremos, se llaman puntas y los que están en el medio de cada fila, centros. Ahora han formado una M de María. Observa, se han puesto de rodillas quitándose sus sombreros, porque están alzando a mi Padre, mientras cantan Alabado sea el Santísimo Sacramento. ¡Qué orgullosos están de ser los seises de la Catedral de Sevilla! ¡Si yo pudiera ser Seise, Madre! Las plumas de mi sombrero, trémulas y ondeantes, dibujarían pinceladas de arco iris en el aire. El canto de mis castañuelas, serían repiques de campanas de altas espadañas. Y mis blancas zapatillas, marcarían pasos de celestiales danzas para un Sol cargado de Pureza.

Con esta explicación, ahora entiendo, porqué Sevilla no le puso a la Inmaculada un Niño en sus brazos. Porque quiso Dios que fueran diez ángeles vestidos de celeste y oro los que le rindieran honores en su Octava y, por si fuera poco, esta Ciudad la Coronó Pura y Limpia en presencia de sus querubines, que tanto la aman, llevándola en volandas hasta un Postigo de Gracia infinita y Santuario de un Dogma que siempre defendió. Y además Sevilla, le levantó un triunfal monumento para que, casi rozando el cielo, la cobijara y bendijera y así Ella gozara de alegría cada vez que de madrugada le rondara la universidad trovadora; la de capas negras con cintas de colores, demostrándole un inmenso amor con ofrendas de flores, al son de guitarras y bandurrias; porque la Inmaculada aquí, no sólo es Madre, sino novia de Sevilla.

IV.- CON MARÍA AL AMANECER. ROCÍO DE LA MAÑANA. EL ROSARIO DE LA AURORA.

Si hay una advocación plenamente identificada con la mañana, esa es Rocío. Si el Espíritu Santo envolvió a una Virgen niña para cubrirla de gozo antes de nacer el Mesías, fue porque así lo quiso Dios Todopoderoso. Y porque así está dispuesto, ese mismo Padre, lo envía cada año por Pentecostés, en forma de Paloma hasta nuestra ciudad, haciendo cinco paradas; Triana, Salvador, Macarena, Cerro del Águila y Sevilla Sur.

Cinco hermandades que parten desde la ciudad despedidas por los sevillanos, agasajadas por el entusiasmo y alegría con que siempre se han caracterizado. Vítores al Pastorcito, a la Reina de las Marismas. Salves y más Salves a la Madre de Dios, antes de iniciar el camino desde cinco rincones rocieros y calles por donde transitan.

Una paloma que eleva el vuelo por la cornisa del Aljarafe, para adentrarse en los pinares y marismas de la Huelva hermana. Lento caminar de bueyes, que llevan por los arenales a un camarín peregrino que guarda celosamente un Simpecado.

Noches de hogueras alrededor de la carreta para cantarle plegarias a la Madre de los Cielos, a los sonos del tamboril, bajo un manto de estrellas que cubre a los romeros, que se acercan a Ella para consolar sus penas.

Camino hasta el Rocío con devoción para muchos, empañado por quienes lo toman como folclore y fiesta. El Rocío, es algo más que una manifestación popular vacío de contenido religioso y, en contra de ello, me consta la existencia de muchos rocieros, que hacen una verdadera peregrinación hasta la aldea de Almonte, por sacrificio ofrecido a María.

A ellos les he dedicado estas humildes palabras, porque me quedo con ese Rocío de amor.

Pero hay otro amanecer con María. Sevilla se ha distinguido siempre por su tolerancia y acogimiento con el que nos visita o viene con la intención de quedarse. Esto ha ocurrido con muchas personas que a lo largo de los tiempos se han unido a esta ciudad haciéndose hijos adoptivos, conviviendo y participando de lo nuestro.

Si María es de esta tierra porque así lo quiso la gracia del Cielo, Sevilla contagió al foráneo a querer a la Madre de Dios, concediéndole el beneplácito de venerarla aquí con el nombre que quisiera, porque en el corazón de la Híspalis eterna, caben todas las advocaciones que en otros lugares existan.

Como un nacimiento de estos nuevos nombres de la Virgen he querido comparar el amanecer con María. Ya os rondará en vuestras mentes que aquí, el despertar del día con la Reina de los Cielos, se hace rezando el Rosario de la Aurora.

¿Habrá momento más dulce que orar ante la belleza de una Madre, con los primeros destellos del día?.

Cuando la noche empieza a dejar de ser oscura, cuando aún no se divisa la claridad en el horizonte, la Virgen de la Cabeza se dispone a recorrer las calles del Barrio de la Feria, que ha olvidado su amargura de los días de Cuaresma.

No es un día de bullicio y gentío. No habrá marchas procesionales. Existirá recogimiento por un encuentro con la Virgen de la Sierra en la intimidad.

La única música; un coro que arrancará por sevillanas entre misterio y misterio glorioso. Hombres y mujeres, con cirios y velas en las manos, anunciarán cantando el rosario; que Guadalupe está presente en Carlos Cañal al amanecer.

Un lucero del alba, que no quiere perderse en el firmamento cuando las claras del día se intensifican, se convierte en estrella de Belén que nos guía por plazuelas y calles. Torres y espadañas que despiertan acabada la noche, para ser testigos en la altura de la Bienaventurada Virgen del Pilar por Sor Ángela de la Cruz.

Calles de naranjos y adoquines con olores a rocío fresco de un amanecer único en el mundo. Pájaros que toman el vuelo con un ir y venir revoloteando el cielo sevillano que poco a poco toma colorido y luz naturales. Farolas que se rinden a tu paso, Araceli, para no deslumbrar al mayor de los luceros, que camina lentamente entre balcones de gitanillas y geranios por San Andrés.

Un Niño soliviantado por el paseo matutino ha quedado desvelado y no ha dormido en toda la noche. Con ojeras de cansancio comprueba cuánto aman a su Madre, un grupo de personas devotas de la Excelsa Virgen del Juncal.

El repique de un campanillo anuncia en el silencio, que una Hermandad de Gloria que venera a Guadalupe, procederá de un momento a otro a transmitir la gracia plena que su Alteza concede desde la Iglesia de la Misericordia.

Mañanas de primavera que anuncian suaves brisas, calores del estío, o nieblas otoñales que envuelven la cintura de la Giralda mora. Distintos amaneceres para recibir a Nuestra Señora que se traslada a otro templo para iniciarse un culto en su honor. En andas o en parihuela, con faroles o candelabros de guardabrisas; contraste de claroscuros en callejas estrechas del centro de la ciudad, para cubrir con tu manto, Virgen del Prado, el amor que se palpa a tu alrededor.

Un convento que abre de par en par las puertas de su intimidad, enseñándonos a rezar un misterio del rosario desde la vida contemplativa. La Virgen de Montemayor que las visita como a su prima Isabel, para dejarle su rostro alegre y complaciente, a ese grupo de mujeres que abandonaron un día la comodidad de la vida, para entregarse a los demás.

Una Cruz de Guía, que abre el pequeño cortejo con paso lento y seguro, anuncia que no viene un Cristo muerto, sino la alegría del Barrio de la Calzada, transformado en demasía. La Virgen de Valvanera camina entre sus fieles perdiéndose entre imaginarias huertas que perdieron el olor de los frutales, porque dejó de correr en los Caños el agua fresca de los Alcores de Sevilla.

Al alba, María, al alba. ¡Será sabia esta urbe universal, que un día descubrió, que el rezo del Rosario en la calle, no era igual sin tu figura! Porque tu presencia siempre atrae, siempre cobija a los que nos acercamos en la mañana temprana a rezarte. Los primeros rayos del sol iluminan tu rostro alegre para besar tus mejillas. Te decimos: ¡Buenos días, Señora!, aquí estamos de nuevo a tus plantas para contemplar tu belleza con la frescura alborada. ¿Habrás más gloria en Sevilla que despertar a tu lado cuando amanece?. Contigo siempre al alba, María, al alba.

V.- CON MARÍA AL ATARDECER. PASEO DE PASTORA

Las horas del día transcurren y María sale al atardecer vestida de Pastora. Casi al comienzo de mis palabras manifesté que era una evidente realidad el hecho de que la Virgen María nació en Nazaret. Pero Sevilla tenía que demostrar al mundo cristiano que una advocación, Pastora, tuvo su luz en esta ciudad. En San Gil está su partida de nacimiento, porque Fray Isidoro tuvo el enorme acierto de considerar a la Virgen como Madre del Buen Pastor.

Si entendemos el vocablo pastora como la que cuida y guía a su rebaño, la Virgen María fue Pastora del Verbo que encarnó, dándole el primer templo que tuvo Dios en la tierra al llevarlo en su vientre. También fue Pastora al darle su corazón; la primera escuela que tuvo Cristo Niño.

Pero finalizada su misión para Dios, fue después nuestra Pastora desde el momento de la Asunción en cuerpo y alma camino del Cielo.

Divina Pastora de un redil sevillano que te manifiestas por recoletas calles de San Lorenzo en tardes de cruces de mayo, elevadas en patios y plazas, convertidos en jardines para la flor de Pascua primaveral, hermosa y campesina.

Pastora por Capuchinos que tiempos atrás, paseaste por huertas de extramuros; grandes prados bucólicos por donde jugaba tu Divino Pastorcito.

Pastora de Santa Marina, hoy amparo de muchas almas en el barrio de la Feria, sentada bajo un árbol conduces a tus siervos por un sendero de amor, que trazas en el suelo con tu bendito cayado.

Y en Triana, Pastora con ojos negros de mujer andaluza, que transmites a tus hijos al final del verano la alegría de tu cara a orillas del río. Un Guadalquivir que sirvió de alfombra celestial al convertir sus aguas en camino de flores cuando navegaste en barca de Reina para celebrar un Patronazgo que los deportistas te ofrecieron.

Sombrero, corpiño, tirabuzones en el cabello. Símbolos pastoriles que a la vuelta de las calendas van a cumplir 300 años de historia. Desde este abril quiero animar a los pastoreños para celebrar tan grande efeméride, invitándoos a profundizar en María, y a que digáis con fuerza a los cuatro vientos, que la Madre del Cordero Divino, nació por la gracia del Cielo, en una tierra llamada Sevilla.

Pero además, hay otras advocaciones que han ido surgiendo a la vez que esta ciudad crecía y salía de su recinto histórico, creando y habitando nuevos barrios.

Con esta implantación tardía, he querido comparar el atardecer, con el surgir de nuevas Hermandades de Gloria en esta Sevilla sin igual. Urbe que no solo se acuerda de María, sino de su castísimo esposo San José y lo hace como obrero humilde y sencillo que trabajó honrosamente para su hijo, como lo hace cualquier padre que adora a su prole.

De igual modo, venera al Sagrado Corazón de Jesús en el barrio de Nervión, entre calles de naranjos bañadas por un sol reflejado en su entrañable pecho.

Y tampoco olvida a San Antonio de Padua, que evangeliza en las tardes de verano al Barrio de Torreblanca.

Cuando el sol del atardecer cae sobre el horizonte, una fachada es iluminada por los áureos rayos para dar más luz, si cabe, a Nuestra Señora de los Desamparados, que al pie de una cruz, se asoma a la puerta de su Templo en el Parque Alcosa.

Golondrinas que van y vienen a las anidadas cornisas alegrando con sus cantos las tardes primaverales, cuando la Virgen de la Candelaria procesiona por las calles.

Flores que buscan el rostro reconfortante del Inmaculado Corazón de María, orgullosas de pertenecer al jardín que es mecido con mimo por los costaleros a la orden del capataz, entre las coquetas esquinas de Heliópolis.

Intacta cera de una candelería que no llora con ardientes lágrimas, porque para qué más luz, que el Sol que recorre el Barrio del Plantinar.

Un cielo, que con el discurrir de las horas, deja de ser celeste y luminoso, para teñirse en áureo rojizo y que servirá de toca a Nuestra Señora de la Anunciación, allá por Juan XXIII.

La tarde María, ese momento del día que no desea morir; que no quiere hacerse noche. Luz del sol más radiante para una cara de Virgen Niña. Rayos dorados, celosos de la chispeante cera, que se resisten a perderse en el crepúsculo del Aljarafe. Halos de luces que iluminan los guardabrisas, deslumbrando a los pabilos para que nunca se enciendan. Tardes de paseo María, con tu hijo recorriendo las calles de Sevilla, antes de que caiga en la Macarena rendido por el sueño.

Tardes cualesquiera del año, con diferentes luces para una misma Madre, que sonríe con distintos nombres. Virgen que en tiempos del Rey Santo bajó de los Cielos con legiones de ángeles, para sembrar amores en esta tierra y tan enamorada quedó, que le envió a Dios un recado con sus serafines, para que jamás la esperasen, porque la Giralda de rodillas, de esta manera le suplicó:

- Quédate para siempre conmigo María, que yo te enseñaré cada día la puesta de sol imaginada; seré la primera mora que se haga cristiana, para adorar a la más hermosa de las mujeres. Porque te levantarán a mi vera un templo de locura. Te coronarán mil veces, te

construirán monumentos. Por tí, gobernarán los Reyes; por tu Pureza, derramarán la sangre. Te rodearán de fuentes y jardines desde la Macarena hasta el Alcázar. Te izarán torres con tañidos de campanas. Te elevarán conventos con encajes de rejas, porque no habrá lugar en el mundo donde más te imploren. Pero esta ciudad que te descubro, no es la Isbilía que hoy admiras, sino la que sueñen los poetas; la que dibujen los pintores; la universal, la tolerante y acogedora. No dudo que en los Cielos te quieran, mi Reina, pero nunca lo harán como en Sevilla.

VI.- MARÍA EN LA NOCHE. CARMEN: Advocación marinera.

Fenecida la tarde, ocultado el sol por el ocaso diario de mi amada ciudad, brota la magia de la noche cofrade.

En las noches del mariano mes de julio, se rinde culto a la Virgen del Carmen en distintos sitios de la urbe; San Gil, Santa Catalina, San Leandro, El Salvador, Santo Ángel, Calatrava y Triana.

Un Carmen marinero que surca las aguas hispalenses, partiendo desde distintos puertos entre multitud de devotos, cuyo discurrir, mi musa lo ha imaginado así:

La Virgen del Carmen navega
por el Río Guadalquivir.
Excelsa Capitana
de un velero bergantín.

Embarcación de talla dorada
con cinco palos de eslora.
Luz en agua reflejada
del brillo de una corona.

Devoción mariana que navega
por el Río Guadalquivir.
Calle ancha de Sevilla
por donde ir y venir.

La Cruz del Carmelo por mástil,
de Santa Catalina, un palio es la vela.
Media luna por timón,
un escapulario por bandera.

La Virgen del Carmen navega
por el Río Guadalquivir.
Un viento en popa le llega
con aromas de alhelí.

Junto al puente, la Capillita se otea,
una torre la vigila
cuando la nave marea
en agua calma y tranquila.

Un niño con potencias
por cubierta corretea,
ora a estribor -mamá, mira Sevilla
ora a babor -mira, Triana.

Marinero, pon rumbo a la Barqueta
para arribar en Calatrava y San Gil,

que la Virgen del Carmen navega
por el Río Guadalquivir.

¿Qué tiene la noche de esta Villa cuando procesiona